

Escritos autobiográficos de Pedro Mortheiru (1919-1994): claves de su personalidad

El padre

La clave de casi todo lo mío está en mi padre. De mis hermanos, yo era el más parecido a él. De él me viene, entonces, todo lo bueno y todo lo malo. Era un típico burgués francés, bueno como el pan, pero que, en cuestión de segundos, pasaba de hacerle cariñitos a sus gatos a accesos de furia dignos de Júpiter tronante. (Ríe). Como buen francés, era un gran amante de la claridad. Odiaba lo confuso, igual que yo. Por otro parte, un perfeccionista temible, también igual que yo. Torturaba a mi pobre madre chilena con sus minucias diarias, siempre algo cómicas. Un gramo más de sal en la sopa y ardía Troya. Crítico permanente, sólo detenía su poder analítico ante la belleza natural de las cosas y ante la buena música, la única amante que se le conoció. Siempre tuvo dotes para la música. Cantaba y tocaba la ocarina, un estrambótico instrumento de viento ya casi desaparecido.

Yo jamás he podido huir de ese universo tan especial de mi padre. Y, muchas veces, me he preguntado de dónde me viene mi obsesión de montar mis obras en forma tan perfeccionista. Tal vez, detrás de esa obsesión mía, aún está el miedo a un posible castigo paternal por hacer mal las cosas. Dentro de mí, todavía me observa el ojo implacable de mi padre crítico. Porque él, en la casa, nunca nos admitió nada hecho a medias. Por otra parte, igual que mi padre, mi

mania por la claridad expresiva en todos los elementos de mis montajes, tal vez la clave más profunda de mi personalidad, también se une a mi tendencia hacia lo bello y a la música de las palabras.

(Sonríe, de pronto). Otro detalle paternal: su sentido del humor. Muy sentado en el sofá del salón, de pronto me decía: ¡Pedrito, corre a la cocina a ver si estoy allá! Pedrito, muy pequeño y sin pensarlo, partía corriendo a la cocina. Por cierto, ante mi asombro, ¡mi papá no estaba en la cocina! (Ríe). Era su escena favorita, con la que se relamía sus bigotes a la francesa. Tal vez, por eso, mi permanente y especial sentido del humor ha alcanzado cierta fama. Heredado sin duda. Sobre él, ya se han creado anécdotas históricas, las que amigos y enemigos se encargan de pulir y mejorar, día a día, para mi mayor gloria. (Se ríe).

Finalmente, otro rasgo de mi padre y mío: la exageración. ¿Acaso no he sido yo un exagerado toda mi vida? ¡Mi primera exageración fue pesar casi cinco kilos al nacer! Otros ejemplos: las incendiarias humaredas de mis cigarrillos prendidos y a medio apagar; mis larguísimo ensayos homicidas; mis extenuantes revisiones de utilería, vestuario y textos, palabra por palabra. En fin, mis perversas revisiones de todo, incluido mi revisión de las revisiones (ríe).

Bien, todas esas manías me vienen de mi padre, de don Gratien Mortheiru Garat, cuya foto ya le mostré, naci-

* Después del fallecimiento de Pedro Mortheiru en 1994, Fernando Debesa solicitó a su viuda, Soledad del Valle, los textos autobiográficos que éste escribió en los últimos años de su vida a modo de entrevista imaginaria. Eligió dos textos particularmente valiosos que leyó en el homenaje a Pedro Mortheiru realizado en la Universidad de Chile en septiembre de 1994. Ambos textos nos parecen reveladores de la personalidad artística de este maestro del teatro chileno, fundador del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica y su director durante la primera década de este Teatro. Dos publicaciones de la Escuela de Teatro de la Pontificia Universidad Católica de Chile abundan en el pensamiento y obra de Pedro Mortheiru: *Testimonios: 35 años de teatro de la Universidad Católica*, de María de la Luz Hurtado y Giselle Munizaga, Editorial Nueva Universidad, Santiago, 1980, y *Memorias Teatrales. El Teatro de la Universidad Católica en su Cincuentenario*, Revista Apuntes Especial Ns. 105-106, 1993.



Pedro Mortheiru cuando niño con su familia.

do el siglo pasado en Bayona, ese francés encantador a pesar de todo, quien, yo juraría, debe estar en el cielo. Pero sospecho que ahí todavía debe estar molestando hasta a los ángeles con su perfeccionismo. Papá, ¿por qué me dejaste en este mundo haciendo casi exactamente lo mismo que hacías tú? ¿Por qué? ¿Cómo le explico esta horrenda trampa genética a los demás? (Se queda pensando).

La música

Primera imagen en mis recuerdos: medio mundo decía que Pedrito tenía una voz muy linda y afinada. (Sonríe). Cuando llegaban visitas, todos lo torturaban pidiéndole que cantara. Entonces, Pedrito, en la cumbre de su horror y de su timidez, imploraba que lo ayudaran a esconderse detrás del piano. Era la única forma que aceptara cantar. Pero el piano estaba en una esquina del salón, pegado a la pared. Y, entonces, había que correrlo hacia adelante para que Pedrito gordo alcanzara a pasar por detrás. Toda una mudanza trabajosa. Es que Pedrito, ahí escondido detrás de ese piano, era la única forma en que se atreviera a dar su recital tan descabellado. Mi terror a los ojos de las visitas era enfermizo. ¡Para mí, esas miradas eran flechas que se me clavaban por todas partes y me convertían en un pequeño San Sebastián un tanto gordo! (Ríe). Después de dos o tres pocanturreos, transpirando y como condecorado con un poco

de tierra de ese rincón, Pedrito aparecía, por fin, desde detrás del piano, triunfante de tanto sadismo familiar. ¿Se figura esa escena? (Ríe fuerte).

Pero también tengo otra imagen que no se me borra, tal vez por lo melancólica: un niño demasiado grande para su edad, en una helada tarde de invierno, sentado en el alféizar de una ventana baja, cerca de su casa, con su bolsón del colegio sobre las rodillas. Embobado, está escuchando un piano que suena adentro. Es alguien que estudia escalas. Y ese niño, sentado ahí, de vuelta del colegio, se ha olvidado completamente de llegar a la casa, donde están preocupados, fascinado con ese piano. Tiene que haber sido un poco patético ver a ese niño, tan serio para su edad, en otro mundo, como petrificado sobre ese alféizar de mármol, ¿no le parece? Por supuesto, ese niño era yo. (Sonríe). Mi pobre tía Parmenia tenía que ir a buscarme y zamarrearne un poco para sacarme de mi séptimo cielo. Es curioso, pero por este par de imágenes de recuerdos se ve que, ya en esa época, yo me había casado con la Música. ¡Un matrimonio feliz que, hasta la fecha, aún no se ha disuelto! (Ríe). Y, para remachar lo significativo de todo esto, le contaré que, a los pocos años, yo aprendí solo a tocar piano y a componer música.

Ahora, una última confesión: yo soy un pianista frustrado. ¿Sabía eso, usted? (Se queda algo triste). ■